

X. Asimetrías del mundo en la percepción cerebral: inteligibilidad, cultura y esquizofrenia

LUIS ENRIQUE FERRO VIDAL*

DOI: <https://doi.org/10.52501/cc.242.10>

Resumen

No porque todos los seres humanos tengan cerebro, no significa que todos los seres humanos tengan la misma condición de percibir, explicar y sentir la realidad; la diversidad cultural nos enseña que la humanidad no mantiene una misma posición emocional o una misma forma de manifestar sus sentimientos y esto también se manifiesta en la esfera individual, sin embargo en el pensamiento occidental cuando se trata el tema de los trastornos mentales los individuos que lo padecen tiende a romper los lazos comunitarios de sus miembros al determinar a personas con otras capacidades diferentes como anomalías del sistema que atentan al orden del bien común, dando como respuesta práctica la exclusión y la reclusión.

Palabras claves: *Cultura, lógica cultural, conciencia, locura y esquizofrenia.*

Entre las múltiples esferas de la complejidad del ser humano se encuentra su capacidad para cuestionar la percepción que tiene de la realidad circundante que le provee el entorno natural, pero también para deliberar sobre su razón de ser en el mundo. Además, el ser humano debate sobre su existencia, se pregunta por sí mismo, se interroga por la interacción de las relaciones que tiene con otros seres iguales a él y discute sobre el vínculo que debe reinar con aquellos seres que son diferentes a él; pero también acomete, delibera,

* Dr. Luis Enrique Ferro Vidal. Universidad de Guanajuato. ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-1508-5652>.

ejecuta y brinda respuestas a los problemas existenciales de su entorno, de su identidad como individuo, sujeto, de su yo y la relación con los otros. Aun con esta cualidad, aun con respuestas, el ser humano es un ser que sigue dudando y sigue preguntándose por su entorno, por sí mismo y por los demás, por lo que se encuentra en continuo conflicto con la realidad, su realidad y su percepción de la realidad, que produce un sentimiento de incertidumbre a su existencia ante la presencia del mundo. Aun con ese sentimiento, y en el devenir de su conflicto, ha podido crear desde su propio contexto la experiencia de relacionarse con el mundo y su mundo en una lógica cultural que ordena las formas de entenderse y experimentarse con su experiencia de vida como un organismo con características propias. En pocas palabras, el ser humano es un ser que está buscando continuamente la definición y la razón de ser de su humanidad, es decir, reflexiona continuamente sobre lo que lo hace ser humano para consumir una forma de ser un ser consciente para explicar la manifestación de su existencia y su condición de ser en el mundo, por lo tanto, anda en pos de una definición y una conciencia humana determinada que le permita ser un ser concreto.

La búsqueda de la conciencia humana ha sido una ruta de conocimiento lleno de escollos, sufrimientos, emociones y asombros, por lo que en el devenir de la búsqueda continua de esa conciencia se debe reconocer que el ser humano ha tenido que sufrir o ha aprendido a vivir en un proceso de entropía o incertidumbre para poderse desenvolver en la naturaleza como ese organismo que es, o más bien, que pretende ser. Ya que al no existir un universal que defina la conciencia humana y un concepto específico que determine lo que es la humanidad y hace a la humanidad ser lo que es, vivirá como un ser indeterminado que vive en la incertidumbre de su propia existencia. Esto lo hace ser un ser inteligible que cambia continuamente su definición de ser, porque: “La inteligibilidad se construye (se elige) a partir de un pedazo de la realidad” (Wagensberg, 2009, p. 35), y ese pedazo de realidad es la humanidad en sí misma en su tiempo y espacio. Visto así, el ser humano no es un ser concreto, sino que es la construcción de sí mismo, es un ser inteligible. Más allá de la ausencia de un concepto que determine la humanidad de la humanidad, la realidad se muestra a la razón vivencial de la humanidad como un desorden que debe ser ordenado debido a que la realidad está fuera del sujeto y no es parte de él, por lo que el ser humano

ha tenido que aprender a ordenar su mundo en ese contexto desordenado para irse adaptando a las condiciones del medio circundante, pero también ha tenido que aprehender a saberse como parte del medio que lo rodea para construir su propia forma de significar y construir su mundo. Así expresado, se puede comprender que el ser humano, en su andar, ha desarrollado un encuentro fenomenológico con el mundo y su mundo, que ayuda a apaciguar la incertidumbre que provoca la condición inteligible de su *ser en la realidad*, porque *la realidad* se muestra a la razón como un desorden que tiende a ordenar para hacer asequible el contexto externo y conveniente de su razón de ser a las condiciones propias de la capacidad humana. En pocas palabras, el proceso de humanización de la humanidad evolucionó hacia un mundo de ficción, entendido esto como el valor subjetivo que expresa su conciencia, es decir, darle lógica a lo ilógico del mundo desde fuera del mundo mismo, o bien participar en la articulación de las experiencias que tiene de su ser, con la conciencia que se tiene del mundo para su mundo. Este proceso subjetivo se brinda a través de una dinámica de fragmentación e integración, praxis y pensamiento sobre lo que le rodea para generar una conciencia que ayude a establecer un orden que delimite la explicación lógica sociocultural en un determinado tiempo y espacio, como ya viene advirtiéndolo Watsuji (2006, p. 32):

fragmentación e integración, tienen siempre que ver con la praxis y la subjetividad humana, inseparables, a su vez, de la corporalidad del sujeto. La estructura fundamental de ese dinamismo de la existencia humana es la índole espacio-temporal de su subjetividad (p. 32).

Pero no bastando con ello, este mismo autor advierte en sus letras lo siguiente: “Al ponerse de manifiesto la estructura espacio-temporal de la vida humana, también su estructura solidaria muestra su verdadero rostro. Las diversas comunidades e integraciones que el ser humano construye son sistemas que se desarrollan internamente según un orden determinado.” (Watsuji, 2006, p. 33). Bajo estas condiciones espacio-temporales y en las circunstancias de la experiencia, los entornos espaciales y en las profundidades de sus más íntimos pensamientos, la subjetividad se entrelaza sin tregua con la inteligibilidad del mundo para reencontrar el proceso fenome-

nológico que ofrece a la humanidad deconstruir, a través de las posibilidades del desorden existencial, el potencial de ordenar la realidad para construir la orientación que le permita definir su existencia. El proceso subjetivo se observa manifiesto en el mundo del pensamiento en una cosmovisión y materialmente en la forma de una praxis social que se alcanza solamente viviendo en comunidad.

La comunidad o el vivir en comunidad es ese proceso de inteligibilidad en donde los individuos y la humanidad sintetizan el enfrentamiento de las contradicciones que se suscitan con el encuentro entre el desorden natural y el orden humano que suministra al mundo y a su mundo un sentido que le provee de certidumbre. Es decir, los seres humanos adquieren una conciencia identitaria y conceptual que les permite ser parte del mundo y sentirse pertenecientes a un grupo humano específico, porque solo en comunidad el ser humano aprende a ser humano en las esferas de su propio contexto. La comunidad es ese sistema ordenador y regulador del mundo, el cual hace que los individuos se recreen en la corresponsabilidad que debe existir entre sus miembros a través de los cánones de una lógica cultural, por ser ahí donde se genera una interpretación que dicta el orden del ser, del deber ser y la definición de un concepto propio de hombre, el cual define las condiciones que tiene que regir al individuo en el marco conceptual de su propio grupo para poder vivir en sociedad y, en consecuencia, vivir en la simetría de un bien común.

Es en esa geometría trazada por la lógica cultural donde se desarrolla una dinámica de gran responsabilidad y reciprocidad entre los miembros que conforman el grupo social al que se pertenece, ya que en la praxis sociocultural el individuo, para sobrevivir y vivir armónicamente con los miembros de su grupo debe conocerse, pensarse y reflexionarse desde el interior mismo del grupo. Ningún miembro queda excluido de su realidad social, ni de su lugar y participación en la sociedad. Estas condiciones hacen erigir a la identidad como una ética social que debe imperar entre los miembros del grupo o la sociedad para configurar el pensamiento que se tiene sobre la realidad y la interpretación social del mundo, con la única finalidad de mantener su sobrevivencia, reproducción y continuidad. Esta ética social de la identidad se transforma en un discurso que incita a los miembros de un grupo social a reflexionar sobre la condición social y regula la conciencia

humana de sus individuos para gestar eso que llamamos comunidad, o el cuidado de sí en colectividad. Si bien los individuos comparten en un tiempo-espacio un mundo material y las ideas sustentadas en una lógica cultural que da sentido al espectro de lo que es la comunidad y, además, con base en ello generamos una conciencia humana compartida por los vínculos identitarios, entonces ¿cada comunidad o sociedad genera en los cerebros de sus miembros un campo sináptico propio que los distingue y les permite tener una misma configuración del mundo?

Ningún ser humano se escapa de su propia cultura y, por ende, de su propia interpretación del mundo, porque ése es el escenario donde la vida se experimenta, se desarrolla y donde se aprende a ser lo que somos, porque como bien expresa Bartra (2008)

Los sistemas que son sensibles durante toda la vida a la experiencia y al aprendizaje se relacionan con la semántica, la topografía de mapas sensoriales y la forma de los objetos. En contraste, los sistemas neuronales que son modificables en periodos limitados y tempranos de conocimiento se relacionan con la gramática y la computación de las relaciones dinámicas cambiantes entre locaciones, objetos y sucesos. (p. 56)

Así, el ser humano se encuentra condicionado por el propio entorno que concreta y estructura una forma de pensar y de actuar, generando desde los orígenes de la humanidad una prótesis o exocerebro en donde:

la conciencia no radica en el percatarse de que hay un mundo exterior (un hábitat), sino en que una porción de ese contorno externo “funciona” como si fuese parte de los circuitos neuronales. Para decirlo de otra manera: la incapacidad y disfuncionalidades y capacidades de índole cultural. (Bartra, 2008, p. 23)

Por tanto el ser humano en sus procesos de adaptación y sobrevivencia ha ido transformando y constituyendo por sus experiencias y vivencias su cuerpo físico, que lo ha llevado a tener un fenotipo, una anatomía propia, un *pool* genético, pero también ha desarrollado la capacidad de acostumbrar al músculo del cerebro para que funcione simbólicamente en las condicio-

nes sociales de una lógica cultural en un tiempo y espacio determinado. Por todo ello, la cultura con el espectro simbólico que se crea y se guarda en el cerebro determina al individuo, porque a través de la prótesis cultural se genera un orden en el sistema social que se logra a través de dinámicas propias en la codificación sináptica que se desarrolla en el cerebro y es compartida entre los miembros de un grupo humano, debido a que, así como se enseña al individuo a ser un ser humano, se le enseña al cerebro a recapitular por las experiencias de la tradición y la costumbre (praxis social), a reproducir las expresiones que enseñan el sentido del mundo desde los márgenes culturales (cosmovisión), estableciendo en sintonía la configuración de una ruta sináptica que da sentido a los circuitos neuronales y las pautas culturales.

Sin embargo, aunque todos los seres humanos tengan cerebro, esto no significa que todos los seres humanos tengan la misma condición de percibir, explicar y sentir la realidad. La diversidad cultural nos enseña que la humanidad no mantiene una misma posición emocional o una misma forma de manifestar sus sentimientos, de ahí que los occidentales no puedan ver una variedad de color blanco como los esquimales, que en algunos lugares cortar cabezas no conlleve un conflicto moral; que el corazón sea el lugar de la inteligencia más que el cerebro; que exista un temor porque haya un infierno; que el amor sea un corazón; que pensemos que nevará cuando las nubes se pongan panza arriba, etc. Todo ello conlleva una configuración propia de las rutas neuronales que codifican y dan sentido a las acciones del ser humano, por eso nos parece extraño que en algunas culturas tengan temor a la muerte y otras encuentren en ella alegría; o bien se puede utilizar el ejemplo de Kluchnon al explicar un caso sobre una mujer de Arizona que

a los huéspedes que recibía en su casa les servía a menudo deliciosos bocadillos rellenos de una carne que no parecía ser de pollo, ni tampoco del pescado llamado bonito, pero que recordaba a ambas. Las preguntas que se le hacían en ese sentido, no las contestaba hasta que todos habían comido hasta hartarse. Entonces aclaraba que lo que habían comido no era pollo, ni bonito, sino la carne sabrosa y blanca de serpientes de cascabel recién muertas. La reacción era instantánea: todos sufrían violentos vómitos. Un proceso biológico forma parte de una trama cultural.

Con este ejemplo se puede afirmar que las acciones humanas en la lógica cultural tienden a responder en un proceso acción-reacción, lo cual ayuda pensar que existe una intensa interrelación en el contexto cerebro-cultura que ayuda a suponer que el cerebro, como material biológico, se adapta a las condiciones sociales y ello establece una estructura de las redes neuronales que hacen funcionar al cerebro y llevan a los individuos de un grupo a compartir una misma percepción del mundo, a actuar y a reaccionar a ciertas situaciones específicas que alinean una forma de percepción y conciencia del mundo en el substrato de un orden social.

Aunque parece que con el advenimiento de una lógica cultural, el mundo humano encuentra el sosiego existencial a su inteligibilidad en el mundo, a través de los textos de una gran metáfora elaborada con finos hilos de simetría y métrica que ayudan a solventar una percepción de conciencia humana sobre la realidad de su ser en el mundo, por más que cualquier ser humano tenga un campo sináptico entrenado para sobrellevar su existencia, el orden que piensa no lo es en realidad. El ser humano, como todo en la naturaleza, tiene quiebres y fracturas; recordemos que es asimétrico en las condiciones naturales y socioculturales, y por más que quiera ordenar su inteligibilidad en su mundo siempre existe una simetría que rompe las estructuras de la lógica cultural. Las formas de vida culturales no son perfectas e ideales, como aparentan en principio. No existe en ninguna parte de la humanidad una forma perfecta de vivir en sociedad, ni mucho menos se puede establecer cuál es la mejor forma de vida, al contrario, la cultura no es una concreción en sí, sino una construcción incesante de negociaciones en un continuo devenir, y a ello habrá que adherir la heterogeneidad de sus miembros como sujetos de cambio.

La carencia de una concreción en sí en la vida en comunidad demuestra que la vida humana y sus relaciones sociales tienden al desorden; aun cuando el individuo conoce las acciones de la praxis social del deber ser de esa comunidad, ello no implica la existencia de solidaridad simétrica en las acciones y sentimientos comunitarios, de ahí que la vida del ser humano en comunidad y su cultura llagan a desarrollarse en el ámbito de las asimetrías sociales cuando aparecen problemas y fricciones entre los miembros del grupo, lo que afecta a la continuidad de un orden social y la transformación de la lógica cultural. Esta asimetría es una distorsión del mundo, una forma

distinta de apreciar la realidad y, por lo tanto, de una manera diferente de conciencia humana que puede tener dos acciones culturales: por un lado pueden resolverse los conflictos siguiendo las pautas de la lógica cultural con base en la prótesis cultural de la cultura, o bien por el otro, se reestructura el orden social establecido cambiando las reglas y normas de la lógica cultural. Esto traerá en consecuencia cambios en las conexiones sinápticas del exocerebro y generará una nueva conciencia, porque debe considerarse que el cerebro es un órgano complejo y dinámico cuyas funciones tienden a organizarse y reorganizarse; tienden a actualizarse y transformar sus sistemas sinápticos; el cerebro se adapta a las nuevas condiciones del entorno (natural y social) y actúa en consecuencia, ya que:

si partimos de la idea de que hay procesos neuronales incompletos que requieren, para funcionar, de circuitos exocerebrales acaso esta peculiar aversión al vacío sea comprensible. Los conjuntos neuronales que súbitamente pierden sus funciones buscan completarse mediante su reconexión con otros circuitos tienden a completarse, así sea en forma aberrante. (Bartra, 2008, pp. 65-66)

Por lo tanto, el cerebro tiende a tener una plasticidad y, por ende, puede reordenar sus campos sinápticos según se generen los cambios externos. Esta plasticidad del proceso sináptico cerebral puede desordenarse y adecuarse no solo ante problemas sociales, sino también se reordena para percibir otras realidades que proveen una lógica cultural diferente, como es el caso de Edith Turner (2005), quien platica la siguiente experiencia que tuvo en un ritual curativo en Zambia:

el médico tradicional se agachó entre cantos y tambores para extraer al espíritu dañino y cómo vi, con mis propios ojos, emerger de la espalda de la mujer enferma un gran chorro grisáceo de plasma. Fue entonces cuando comprendí que los africanos tienen razón, que existen enfermedades causadas por los espíritus y que no se trata de una cuestión metafórica o simbólica, ni tan siquiera psicológica. (p. 236)

El suceso acontecido a Edith Turner puede servir de ejemplo cómo el cerebro es capaz de reordenar nuevos campos sinápticos de percepción ajenos

a la lógica cultural propia y participar en la codificación simbólica y de percepción cuando se entienden los nuevos materiales simbólicos que se adquieren durante la experiencia y el contacto con el otro. Sin embargo, existe otro orden de asimetrías en la sinapsis cerebral que afecta a los individuos en su percepción de la realidad y en la relación con otras personas dentro de su comunidad, esta asimetría es la llamada “locura” o trastorno mental, para nuestro caso: esquizofrenia.

La locura o el trastorno mental es una forma específica de inteligibilidad de la conciencia humana para hablar de “anormalidades” del comportamiento por efectos neurológicos, ya que siempre, en todas las culturas y en todos los tiempos, ha existido este padecimiento, por lo que este fenómeno no puede entenderse fuera del contexto cultural en donde se desarrolla. Ello lo ha expuesto claramente la etnopsiquiatría, al afirmar que:

la enfermedad mental está presente en todas las culturas, no hay cultura que no conozca diversas formas de “locura”, pero son los criterios absolutos sobre los que se fundamentan los mecanismos de funcionamiento cultural los que indicarán cuáles son “locuras” del ser humano, no importa en qué sociedad se encuentre. (De Perique, 2002, p. 861)

Independientemente de la cultura, del concepto, del tiempo y el espacio, la locura ha sido codificada socialmente como un desorden en la vida de algunos individuos que no se ajustan a las normas de las percepciones de la realidad encadenadas a una lógica del mundo determinada. Sin embargo, la locura es un orden racional que no dista del “ cuerdo ” o “ normal ”. Lo que no se ha podido comprender socialmente es que el individuo que tiene un trastorno mental tiene invariablemente una sinapsis propia con características y formas de actuar muy particulares. Este estado lleva al individuo a concretarse como un ser con capacidades específicas de pensamiento diferentes a las estipuladas del orden social y cultural; en consecuencia, tiene una resolución específica en la manera de relacionarse *con* y *en* las esferas de la realidad circundante, por lo que las acciones propias de su proceder se desencadenan de la propia dimensión cultural, porque el “anormal” forma parte de la sociedad y comparte el mundo simbólico que se distorsiona para adentrarse a su condición y a la comprensión sináptica que se le pre-

senta en su forma de ver el mundo. De esa forma, el trastorno mental establece una conciencia propia al individuo que se presenta bajo condiciones simbólicas específicas que se recrean, que se transforman o ayudan a distorsionar la realidad con una gran vivencia, emancipando la coyuntura al reconocimiento de una realidad *no ordinaria*. Hay que aclarar que todo depende del ojo del observador, ya que la realidad del sujeto con trastornos hablará de su realidad como una realidad real, de la del observador como una realidad no ordinaria, y viceversa. No hay como el argumento expuesto por el Guasón a Harvey Dent para exponer esta idea:

¿En serio parezco alguien que planea? Soy como un perro persiguiendo autos que no sabría qué hacer si los alcanza. Yo sólo hago cosas. La mafia tiene planes. Los policías tienen planes. Gordon tiene planes. ¿Entiendes? Son conspiradores, siempre tratando de controlar sus tristes mundos. Yo jamás conspiro. Intento mostrarles a los conspiradores lo patético que son realmente sus intentos de controlar.

El discurso tiene lógica y coherencia, el problema es el enfrentamiento en una contradicción existencial que se origina socialmente, porque la persona considerada con trastornos mentales tiene una conciencia moral, sea para bien o para mal, ¿pero quién define estos términos morales?, y además lucha siempre entre dos mundos: el individual, que piensa y percibe una realidad que nadie más puede percibir, y el colectivo, que le manifiesta un orden establecido por una lógica del mundo.

Siguiendo el orden de ideas presentado hasta ahora, se puede pensar que eso llamado “locura” es una forma de vida que lleva a una condición existencial que intercala el fenómeno natural del cerebro, el contexto cultural y la concepción que tiene el individuo de sí. Pero, sobre todo, lo que solemos llamar “locura” cuestiona el punto nodal en dos aristas de vital importancia, como son el cuestionamiento de la realidad y la comprensión vivencial de la realidad; el primero se une a la conciencia, percepción del mundo, mientras que la segunda es la constitución o capacidad de vivir en un mundo, que es la capacidad de experimentar el mundo a través de la experiencia. Piénsese en la esquizofrenia, la cual puede ser definida como: “un trastorno crónico y grave que afecta la forma de pensar, sentir y actuar

de las personas. Aunque la esquizofrenia es menos común que otros trastornos mentales, puede ser sumamente incapacitante.” Y que

Muchas veces, las personas con este trastorno escuchan o ven cosas que no están allí o piensan que los demás pueden leer su mente, controlar sus pensamientos o conspirar para hacerles daño. Esto puede aterrorizarlos y convertirlos en personas retraídas o extremadamente agitadas. También puede ser espantoso y molesto para las personas que los rodean. (National Institute of Mental Health, 2024: 2)

Para el esquizofrénico, su estado “alterado de conciencia” es una condición de vida, es la percepción particular del mundo, porque así se presenta en su pensamiento y experimenta su entorno bajo su propia lógica.

El esquizofrénico vive en su propia forma de percibir el mundo de una manera cotidiana, lo cual implica que para él aquello que nos parece anormal es normal, por ese motivo no se percata de que tiene otras formas de ver y repensar la realidad, ya que las experiencias que se vuelcan al cerebro son reales, y en tanto construye las circunstancias de su actuar en ese orden del mundo esquizofrénico. El problema que genera esto en el individuo esquizoide es que se sabe parte de una sociedad, convive con ella, es miembro de una comunidad, pero no logra codificar por su condición cerebral y por sus condiciones de vida existencial con el orden de una lógica establecida por la sociedad, lo cual genera un bucle dimensional de índole sociocultural bastante interesante. Por un lado, es consiente de que sus pensamientos y actos son diferentes al resto de las personas que lo rodean; además, hay que considerar que hay una interacción que puede desfavorecerlo, ya que en primera instancia tiende a retraerse porque no entienden el mundo de los otros, y los otros no entienden su forma de percibir el mundo, incluso su familia y allegados. En una segunda instancia, el medio social puede generar burlas y rechazos, ya que:

El “estigma” del loco puede ser terrible en nuestra sociedad (...) existen demasiados prejuicios culturales con respecto a estas enfermedades que caen por igual al paciente como a sus familias. La comunidad llega extremos de marginar a la familia, sobre todo si han presenciado crisis fuertes con agresión por

parte del enfermo. Esto es un hecho triste y lamentable que altera la vida “normal” de toda familia, afectando sus relaciones sociales, indispensables para una convivencia sana en sociedad. (De Predique, 2002, p. 866)

Esta condición que imprime la sociedad sobre el esquizofrénico en la vida íntima (individual) y social, el esquizofrénico tiende a reaccionar bajo sus circunstancias individuales ante su situación de percepción del mundo, por lo que no es difícil pensar que el esquizofrénico ante la experiencia social que tiende a separarlo no le brinda otra opción que el aislarse del entorno social; con el desencanto de un mundo que no lo entiende, lo más seguro es que manifestará aversión a la humanidad y este estado de ánimo podrá permitirle detonar un campo sináptico que desarrollará una idea recurrente de tipo psicótico. Ante estos motivos, la persona esquizofrénica tenderá a defender su territorio mental, generará odio, tal y como lo hace el “normal” al hacer la guerra, actuará como cualquier grupo humano cuando se enfrenta a pensamientos de segregación y a discursos de exclusión. En síntesis, el esquizofrénico, ante la imposición de una sinapsis, reacciona como cualquier ser humano, tiene un campo sináptico que lo lleva a tener una reacción-acción ante las experiencias del ambiente; él creará con base en esas experiencias sociales su propio exocerebro porque la sociedad le ha enseñado a ser y actuar como un ser anómalo de la sociedad. Lo interesante para el caso, y desde el punto de vista cultural, es que el orden del pensamiento occidental tiende a romper los lazos comunitarios de sus miembros al determinar a personas con capacidades diferentes como anomalías del sistema que atentan contra el orden del bien común, dando como respuesta práctica la exclusión y la reclusión; mientras que en otras culturas la esquizofrenia forma parte de las estructuras de su lógica cultural, e integran a la persona esquizofrénica como parte de la sociedad considerándolo chamán o un ser con capacidades mágicas y divinas, es decir, gracias a personas como éstas pueden ver o entender otros órdenes del mundo que se ligan a la experiencia simbólica del grupo, por lo que se podría afirmar que se le reconoce la virtud de un poder que le brinda la posibilidad de ver lo “trascendente” u otras formas de transitar la inteligibilidad del mundo, mientras que para occidente es una enfermedad.

Difícil ha de ser la vida de una persona esquizofrénica, porque siempre vive en su “distorsión” del mundo, a diferencia de aquella “locura” meta-

fórica en donde los individuos “normales” buscan alcanzar la experiencia de las dimensiones de un mundo que se mantiene oculto en la otra realidad, con la finalidad de salir de las lógicas culturales dominantes, para apaciguar su alma, y ritualizan o utilizan psicotrópicos, alucinógenos para trascender los umbrales de esta realidad. Algunos más buscan en libros de superación personal el analgésico para alcanzar el éxito y obtener una nueva conciencia humana que los acerca, en ocasiones, al mundo holístico del cosmos y a un contacto extrasensorial con la naturaleza, o a mantener un contacto con seres extraterrestres. En esta locura metafórica, el individuo que manifiesta abiertamente la adquisición de una “verdadera conciencia humana”, por más exótica que parezca, será para su grupo cultural una persona exótica o extraña, pero no será ni esquizofrénico ni loco, por la sencilla razón de que estas personas pueden decidir en qué momentos participar y adentrarse a las esferas de una realidad no ordinaria, y en qué momentos salir de ella. Es una locura de tipo temporal. Para el esquizofrénico esta opción queda descartada, él no decide y no tiene la opción de entrar y salir de su realidad, solamente podrá hacerlo con el apoyo de medicamentos y entrando a la ritualización de terapias psicológicas. El acto de la intervención psicológica y psiquiátrica parecería, de alguna manera, un atentado neurológico contra esquizofrénico, porque es condicionarlo y enseñarle a ver la realidad que impone el orden social, es algo similar a la reflexión que nos lleva la novela *Naranja Mecánica*, de Anthony Burgess.

En cuestión de conceptos, los sistemas de “curación” tienen su sentido en llevar al esquizofrénico al concepto que se tiene de humanidad, ya que por su condición es asimilado como un ser humano no completo, porque las características de la esquizofrenia son un ejemplo que para el mundo occidental distorsiona el concepto de ser humano y de la conciencia humana. En el mismo tenor, el pensamiento occidental, en su lógica del mundo, siempre ha rechazado las anomalías de los sistemas sociales, cuando en realidad esos supuestos errores humanos forman parte del sistema mismo, porque la sociedad también enferma, cómo comprender si no la bulimia y la anorexia, o esos nuevos problemas emocionales que produce en los individuos que viven de las redes sociales cuando no reciben el tan añorado “like”. Imaginemos, entonces, otros escenarios, y generando un discurso sustentado en arquetipos, qué hubiese pasado si en un proceso de la vida la humanidad

hubiera elegido ordenar su inteligibilidad humana y su conciencia humana en una lógica diferente, sin un orden programático, como lo que plantea el Guasón, entonces el campo simbólico de la cultura, la sociedad y el cerebro sería otro; y aquellos que planean y ordenan serían la anomalía del sistema. Por lo tanto, Batman sería el loco. Entonces en cuestiones de locura ¿quién tiene la razón de la realidad? Si todos en nuestro quehacer diario tenemos estados alterados de conciencia que no nos alejan de las condiciones mismas de un esquizofrénico, como es el caso del sueño, o bien qué pensar de los viajes astrales, entonces ¿en dónde radica la visión del mundo en la mente o en el cerebro?, ¿qué pasa con los sueños que se experimentan tan vívidos, pero que son tan solos sueños? ¿Sólo se puede ver el mundo que se acciona a través de los sentidos? En cuestiones de locura ¿quién tiene la razón de la realidad?

El individuo, como se ha venido planteando, tiene un trastorno mental, tiene invariablemente una sinápsis propia con características y formas de actuar propias que lo llevan a concretarse como un ser con capacidades específicas de pensamiento y una resolución específica en la manera de relacionarse en las esferas de la realidad circundante; y las acciones de su propio proceder en la comprensión del mundo que le llega bajo condiciones simbólicas específicas que se recrean con gran vivencia, que transforman o distorsionan la realidad con una gran vivencia. Tiene conciencia moral, lucha entre dos mundos: el individual y el colectivo, sufre al interrogar su razón de ser en un mundo cuya lógica se desespera por entender lo ajeno de un orden establecido por una lógica del mundo. Sin embargo, su realidad es en sí misma una realidad, por lo que queda preguntarse si el esquizofrénico ¿adapta el mundo o el mundo se adapta a su pensamiento esquizofrénico?

El problema real con el trastorno mental, en este caso la esquizofrenia, no está en la “enfermedad” o en el esquizofrénico, sino en la definición misma de lo que aceptamos como realidad. Esa realidad está definida por los campos semánticos determinados por un orden de una lógica cultural, por lo que ¿si el mundo fuera al revés qué pasaría?, ¿cómo sería nuestra experiencia del mundo? Ese es el problema, la imposición de una idea, de la visión y conducción humana de un mundo supuestamente humano que teme, por condición social, al desorden y, por lo tanto, al ser anómalo, al que piensa y observa al mundo con otras lógicas. Esta es una sociedad incapaz de com-

prender la desesperación de vivir en un mundo que estigmatiza, rechaza, aleja y desdeña. En esa supuesta visión de la anomalía está el problema: pensar a la locura como un mal y, por lo tanto, recluir al mal como en los conventos, en objetos malditos encerrados en un relicario con plegarias para que el mal no se extienda por el mundo, lo cual recuerda a la Santa Inquisición. Vislumbrar el trastorno mental bajo un mal social es alejarse y relegar a un miembro de la comunidad, de su comunidad. El problema, entonces, está en el cuerdo que no abre la posibilidad de integrar el desorden como parte de su orden cultural, dejando sin derecho alguno al esquizofrénico, siendo que en los tiempos actuales se han podido integrar y brindar espacios y derechos a los minusválidos, se ha aceptado la homosexualidad como forma de vida, etc., ¿porqué no hacer lo mismo con un esquizofrénico? Es decir, nos falta crear o constituir una forma armónica de relación que permita comprender y, en tanto, actuar en consecuencia con la diferencia. Incluir en vez de recluir. Enseñar a compartir la diversidad sináptica sin pelear. En ese momento el mundo será otro. De ahí que en el momento en que podamos abrir nuestra lógica sináptica a un mundo de revés, reconoceremos las bellezas y las virtudes de ver al mundo con otros ojos. Hasta que podamos reconocer el potencial de la esquizofrenia como parte de nuestra realidad ordinaria, podremos entender que existen otras dimensiones que nos podrían brindar los tonos a un mundo nuevo, sustentándonos en un orden no ordinario de la realidad en donde esquizofrénico y “normal” puedan vivir en comunidad bajo un nuevo orden del mundo: otra sociedad, que sólo puede apreciarse en las energías sinápticas de nuestro cerebro.

Conclusión

Los trastornos mentales y sus procesos sinápticos en la construcción del pensamiento o de la realidad son tan humanos como cualquier otra forma de comprender la realidad, por lo que no es una anomalía en el sistema social, tan sólo es otra forma de ver el mundo. Estas condiciones han sido comprendidas por muchas culturas tradicionales o no occidentales que, en su concepción cultural, han integrado las diferencias de las personas con ca-

pacidades mentales diferentes como parte del orden del sistema cultural, y en tanto, los individuos con estas características son parte integrante de la comunidad, e incluso se les consideran personas especiales.

El problema real en la comprensión de los trastornos mentales radica, principalmente, en los fundamentos del pensamiento occidental, que impone su inteligibilidad de la realidad con base en definiciones de humanidad y de sujeto como seres concretos y determinados, por lo que aquellas personas que viven en un orden sustentado en una realidad no ordinaria se vuelven seres anómalos que no forman parte de los conceptos de humanidad y, por lo tanto, son excluidos y estigmatizados.

Ante estas condiciones sociales se hace patente que debe haber cambios en las concepciones de las ciencias psicológicas para transformar a nivel social y cultural la visión y concepción de lo que es el trastorno mental de una forma inclusiva. Por ello, debe trabajarse interdisciplinariamente para que la concepción de desorden hacia la diferencia de percibir y sentir el mundo desde parámetros inteligibles diferentes se integre a la vida social, y es posible que la sociedad aprenda a pensar de manera inclusiva otras formas de comprender y ordenar el mundo.

Referencias

- Bartra, R. (2008). *Antropología del cerebro*. FCE.
- De Pedrique, L. (2002). Entre la locura y la anormalidad. *Boletín Antropológico*, 20(56), 857-878.
- Kluckhohn, C. (1981). *Antropología*. FCE.
- National Institute of Mental Health. (2024). *La esquizofrenia*. NIMH. <https://www.nimh.nih.gov/health/publications/espanol/la-esquizofrenia/index.shtml>
- Turner, E. (2005). Entrenarse para ver lo que los indígenas ven. En F. Huxley, y J. Narby (Eds.). *Chamanes a través de los tiempos*. Kairos.
- Wagensberg, J. (2009). *Yo, lo superfluo y el error*. Metatemas Tuquets.
- Watsuji, T. (2006). *Antropología del paisaje: climas, culturas y religiones*. Sígueme.